

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

Con la colaboración de Eduardo Torrilla



ÉRASE UNA VEZ EUROPA

Senderos de justicia, tolerancia y libertad


ESPASA

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR
Con la colaboración de Eduardo Torrilla

ÉRASE UNA VEZ EUROPA
Senderos de justicia, tolerancia y libertad


ESPASA

© Fernando García de Cortázar, 2023
© Herederos de Fernando García de Cortázar, 2023
© Eduardo Torrilla, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: © Sr. García

ISBN: 978-84-670-7121-4
Depósito legal: B. 17.429-2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Gómez Aparicio



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Prólogo	9
Bajo el signo de la historia	17
Lo que debemos a Antígona	31
La primera utopía	47
Dejad que el soldado ceda el paso al civil	63
El sermón que cambió todo	77
«Nada humano me es ajeno»	91
¡Temblad, tiranos!	103
Un emperador para la eternidad	117
Justiniano y el árbol de la ley	129
El viaje de la sabiduría	143
La conquista del horizonte	157
Cosas nunca oídas, ni aun soñadas	173
«Soy una voz que clama en el desierto»	191
La sonrisa del Renacimiento	207
«Matar a un hombre no es defender una doctrina, sino matar a un hombre»	223
«Quien destruye un libro está matando la razón misma» ...	241
«Porque temo olvidar, en la paz de la muerte, las ruedas del siniestro furgón negro»	259
«Me gustaría amar a mi país sin dejar de amar a la justicia» ...	281

Por quién doblan las campanas	303
Sangre, sudor y lágrimas	323
Al otro lado del telón de acero	343
<i>Post Scriptum</i>	363
Índice onomástico	365

BAJO EL SIGNO DE LA HISTORIA

Hace días que la ciudad gobernada por el genio político de Pericles da eco a sus relatos. Hace días que los atenienses escuchan el rumor de gloria y asombro que resuena en la voz de Heródoto, el primer griego que ha prescindido de los dioses y de las musas para contar las hazañas del pasado. Nacido en Halicarnaso, humilde ciudad jonia situada en Anatolia, Heródoto ha visitado buena parte de la Hélade y fatigado la vasta geografía del Imperio persa con objeto de descubrir el origen profundo del enfrentamiento entre Asia y Europa. Ahora, en Atenas, respondiendo a la invitación de Pericles, recita en público fragmentos de su *Historia*, obra cincelada con viajes y preguntas, concebida y redactada para impedir que el tiempo, que es infiel como el olvido y tiene la verdad de lo inconstante, borre de la memoria las gestas de griegos y persas.

Causa e investigación, esa es la clave de los relatos que los atenienses escuchan el año 445 a. C. a la sombra de la Acrópolis, la novedad que separa a Heródoto de Homero. Dice la leyenda que el gran poeta de la guerra de Troya era ciego y que compuso la *Ilíada* en la noche de sus ojos mortales, pero para escribir historia, lo mismo en el siglo v a. C. que en la actualidad, hay que mirar a la luz del día y contemplar el mundo con los ojos muy abiertos. «Los ojos son mejores testigos que las

orejas», asegura Heródoto, muy consciente de que el oficio de historiador, que él inaugura, exige una mirada inquieta, amiga de la verdad, una mirada sin patria ni ciudad ni soberano, capaz de indagar y buscar respuestas sin descanso.

¿Por qué Grecia entró en guerra con Persia? ¿Por qué estos dos mundos lucharon encarnizadamente durante más de diez largos años, entre el 490 y el 479 a. C.? ¿Por qué siguen enemistados? ¿Siempre fue así? ¿Qué explicaciones dan unos y otros a este odio inmemorial? Y más aún, ¿cómo Atenas y Esparta, al frente de un puñado de minúsculas ciudades griegas, siempre a la greña y divididas sin remedio, lograron vencer a un imperio que se extendía desde las orillas del Indo hasta el desierto de Libia, pasando por lo que hoy son Irán, Turquía, Egipto y el Líbano, un imperio de cuya magnificencia aún dan testimonio las imponentes ruinas de Persépolis? Jerjes, al igual que su padre y antecesor, Darío, era el hombre más poderoso del planeta y su ejército, nutrido con gentes de todas las partes del mundo conocido, el más aterrador al que nadie se hubiera enfrentado antes. Cuenta Heródoto que un espía griego, al ver todo el Hellesponto cubierto de naves y llenas de soldados las playas y llanuras de ambos lados del estrecho, exclamó aterrorizado que Zeus había trocado su nombre por el del Gran Rey persa para asolar Occidente. ¿Qué hizo retirarse a semejante coloso, qué causó la ruina de aquella espeluznante e inaudita expedición de conquista llamada a sepultar Atenas tan hondamente que ningún testimonio, ningún eco, ni siquiera los recuerdos de los supervivientes, quedaran de ella?

Salvando la guerra de Troya, cuyo asedio por los aqueos se convirtió en el principal alimento literario de la Antigüedad, no hay conflicto bélico que supere el eco alcanzado por las guerras

médicas, donde los griegos defendieron heroicamente su independencia y su estilo de vida. Veintitrés siglos después, convencido de que si los combatientes helenos hubieran caído derrotados se habrían extinguido para siempre la luz y la democracia engendradas por Atenas, Hegel afirmó que el interés del espíritu universal pesó más sobre la balanza. Fue, sin duda, el momento fundacional de la Grecia clásica, el momento crucial que hizo a los atenienses ser quienes fueron. «Todos somos griegos —cuenta Heródoto que replicó el orgulloso Arístides a los embajadores de Esparta ante la acusación de que su ciudad podría deponer las armas y negociar una paz por separado—. Todos tenemos la misma sangre y compartimos lengua, templos, costumbres. Traicionar esa herencia común sería terrible». Ningún ciudadano de la capital del Ática olvidó aquellas conmovedoras palabras, defendidas después hasta el último aliento en el campo de batalla. Ningún hijo de Lacedemonia dejó de recordar tampoco el sacrificio de Leónidas y sus trescientos soldados en el angosto desfiladero de las Termópilas.

«Estas son las cosas de las que hay que conversar junto al fuego, en el invierno, bebiendo vino dulce y comiendo frutos secos: “Dime quién eres, amigo, y de dónde vienes; qué edad tienes, compañero, y cuántos años tenías cuando la invasión de los persas”». Quien habla así es el poeta Jenófanes de Colofón, pero sus palabras podría firmarlas perfectamente Esquilo. Testigo de las arrolladoras campañas de Darío y Jerjes, el primero de los grandes autores trágicos de la Atenas de Pericles no solo dedicó una obra teatral a las guerras médicas, estrenada en el 472 a. C., tan solo ocho años después de la batalla naval de Salamina, en la que combatió mientras la capital del Ática era evacuada, ocupada e incendiada, sino que al final de sus días

solo quiso ser recordado como un soldado que había empuñando la lanza «contra el miedo de larga cabellera».

Y, por supuesto, las palabras de Jenófanes están en el corazón de los viajes de Heródoto, que cuando recita su obra en Atenas es muy consciente de que los guerreros que plantaron cara al gigante persa fueron padres no solo de niños, de carne y sangre mortales, sino también de la libertad de sus hijos, y de la libertad de cada persona que vivía en Occidente. Tiene presente, además, que la ciudad que le ha acogido fue el alma de la resistencia helena y, anticipando a los grandes guionistas del Hollywood clásico, convierte la parte central de su *Historia* en una vibrante y conmovedora defensa de la libertad. Tomad nota, nos dice a través de los siglos, el poder de Atenas se hizo cada vez mayor y demostró, si de ello había menester, la fuerza que alienta en un hombre y un pueblo libres: «Porque mientras vivieron oprimidos por los tiranos, los atenienses no alcanzaron mayor éxito en la guerra que cualquiera de sus vecinos y, sin embargo, en cuanto se sacudieron de encima el yugo de los tiranos, demostraron ser los mejores guerreros del mundo». Atended —lo imagino ahora exclamando bajo el cielo azulísimo de Atenas aquel 445 a. C., convocando las sombras del pasado ante su auditorio, suscitando la pasión y las vehementes emociones que experimentaría un testigo ocular de los hechos—, esto respondieron vuestros compatriotas al embajador persa:

No ignoramos cuáles son las fuerzas de vuestro rey y cuán superiores son a las nuestras. Pese a todo, amando como amamos la libertad, sacaremos esfuerzo de la debilidad, hasta tanto que no podamos más. Comunícale, pues, a vuestro amo lo que

dicen los atenienses: que, mientras el sol haga el mismo recorrido que hace ahora, nosotros nunca pactaremos con Jerjes, sino que confiaremos en nuestros aliados, que son los dioses, y saldremos en campaña contra él para defendernos.

Heródoto es un gran narrador. La historia de las guerras que conmocionaron su siglo y marcaron el destino de Grecia y Europa fluye firme y clara en su voz, haciendo desfilarse ante nuestros ojos, como ante los ojos de sus primeros lectores, todo el huracán de horrores, aventuras y combates que envolvió el Mediterráneo oriental en el siglo V a. C.: las discordias entre los griegos, los presagios, las angustias, las decisiones políticas, las oscilaciones de las alianzas, el heroísmo, el griterío de los vencedores y de los vencidos... Pero la investigación que da a conocer en Atenas con el favor de Pericles y a la que ha dedicado los mejores años de su vida es mucho más que un monumento a la resistencia de Grecia. Viajero apátrida, Ulises sin Ítaca a la que regresar, el sabio de Halicarnaso se propuso desentrañar para la eternidad las causas de la colisión de Asia y Europa, objetivo que le llevó a extender la mirada hacia las tierras de los «bárbaros» y a averiguar lo ocurrido en el mundo conocido durante el tiempo de los grandes reyes aqueménidas: Ciro, Cambises, Darío y Jerjes. A ordenar y relatar esa pesquisa dedica la mitad de su libro, siguiendo la marea de la conquista persa desde Babilonia a Egipto, dando cuenta de la historia y las costumbres de los países que ha conocido en su incansable periplo por el Próximo Oriente, mezclando la crónica de dinastías, tiranos e intrigas palaciegas con deliciosos reportajes donde se asoma y nos asoma a la vida de las gentes sencillas, a las creencias, a los cultivos, a las ciudades, ríos y montañas que componen el

inmenso territorio del Gran Rey persa. Con razón, a mediados del siglo XIX, Thomas de Quincey llegó a considerarle el primer antropólogo, además del primer historiador y geógrafo.

No hay en la Antigüedad un viajero con mayor amplitud de miras y conocimiento del alma humana. Heródoto describe ciudades populosas que hoy son sombras petrificadas o simples nombres sin rastro en la tierra y al mismo tiempo narra historias de reyes y gobernantes movidos por pasiones intemporales: la ambición, la lucha por el poder, la venganza, la pesadumbre por el crimen, el miedo... Cuántos ecos del cercano siglo XX no resuenan en la conducta del tirano Periandro, quien, para mantenerse firme en el trono, no dejó maldad ni crimen que no ejecutase contra los ciudadanos más destacados de Corinto. Cuántos dictadores que han protagonizado las recientes páginas de la historia nos observan desde el fondo de la mirada de Jerjes, sensato y melancólico en ciertos momentos, de una obstinada dureza y una crueldad sin límites en otros. Quién, ahora que la guerra vuelve a llamar a las puertas de Europa con la invasión rusa de Ucrania, no se estremece ante el lamento de Creso, el último monarca de Lidia, reino heleno situado en la parte occidental de la actual Turquía, conquistado por Ciro en el 547 a. C.: «En la paz —dice Creso—, los hijos entierran a sus padres, pero en la guerra los padres entierran a sus hijos».

El mundo que cobra vida en estas y otras historias resulta extraño y aterrador, es un mundo que hierve de sueños, espectros y premoniciones, un mundo poblado de dioses y fuerzas terroríficas, en el que reina la violencia, donde se mata y se es matado y la sangre derramada no solo no se borra, sino que adquiere vida, un mundo sin noticias de China ni de América,

pero infinitamente más vasto que el nuestro, agrandado por el desconocimiento, la lentitud y la dificultad de los viajes. Más de dos mil quinientos años nos separan de los hombres y conflictos que lo pueblan. Y sin embargo, la voz que lo describe nos es enseguida familiar, es la voz de un viajero que quiere averiguar lo que no sabe y contar lo que ha visto, que tiene muchas preguntas y está dispuesto a ir adonde sea en busca de respuestas; es la voz de un reportero —como dice el periodista polaco Ryszard Kapuściński— que atraviesa mares y agota caminos, ciudades y países por el simple impulso de saber y que, después de observar y hablar con la gente y escuchar sus relatos, comprueba, a veces con horror, otras con escepticismo, siempre con respeto, las diferencias de costumbres y las explicaciones que en cada lugar se dan a los acontecimientos humanos y a los misterios de la naturaleza.

Cicerón otorgó a Heródoto el título de padre de la historia, anotando, a continuación, que sus relatos contenían un tesoro incalculable de fábulas. Y así es, en efecto. Heródoto es impreciso en la cronología, se equivoca en más de una ocasión, da fe a no pocos mitos y cuentos maravillosos, acepta tranquilamente que una visión aparecida en sueños a un rey puede decidir la suerte de todo un imperio. Pero, a diferencia de los poetas épicos que le precedieron en la evocación del pasado, se apoya siempre en lo que ha visto y oído, persigue las causas que hay más allá de la superficie de los hechos, procura dar explicaciones sensatas a lo que parecen prodigios, tiene siempre en cuenta que la memoria es frágil, un teatro que se desvanece, y no se engaña acerca de las mentiras que se cuentan a sí mismos los hombres, que, a menudo, deforman el pasado a su conveniencia, bien para justificarse bien a modo de bálsamo.

Y más importante aún, Heródoto indaga, cuestiona y contrasta sin descanso los relatos recogidos sobre un mismo acontecimiento, de modo que, siempre que lo considera oportuno, muestra sus reservas al lector. «No puedo asegurar quiénes fueron los jonios cobardes y quiénes los valientes en la batalla, pues se acusan unos a otros», nos advierte en un pasaje. «Todo cuanto he contado hasta este punto es fruto de mis observaciones, averiguaciones y juicios personales, pero a partir de ahora voy a atenerme a testimonios egipcios tal como los he oído, sin dejar de mezclar en la narración lo que por mí mismo he observado», señala mientras nos adentra en los misterios de la tierra de los faraones. Y así una vez y otra. El obstinado nómada de Halicarnaso fue el primero en comprobar que la primera víctima de la guerra es la verdad y también en descubrir el poder de la propaganda bélica y el carácter huidizo del pasado, perdido en un laberinto de versiones diferentes, interesadas e incompletas. «Mi obligación —confiesa al trasladarnos en el tiempo a la expedición de Jerjes— es dejar constancia de lo que se dice, pero en modo alguno tengo la obligación de creerlo en su totalidad». Y antes, cuando relata los tiempos fundadores del Imperio persa: «Voy a referir las cosas no siguiendo a los cronistas que quieren hacer alarde de las hazañas de Ciro, sino a aquellos que las cuentan como real y verdaderamente pasaron».

Credulidad y espíritu crítico, sobre ese equilibrio inestable Heródoto funda un oficio, el de historiador, consagrado a salvar de la lepra del olvido los grandes hechos de la humanidad. Sobre ese pilar levanta su monumental investigación, que los gramáticos alejandrinos dividieron arbitrariamente en nueve libros, asignando a cada uno de ellos el nombre de una musa.

Hay estudiosos que sostienen que, más que historia, escribía religión. No es verdad. Heródoto cree en el espíritu sagrado de los templos, cree en los augurios y en los oráculos, pero supera la mentalidad que viene de Homero, a quien, por otra parte, admira profundamente, dando un paso más hacia nosotros en su manera de ver y contar el mundo. Homero solicita la ayuda de las musas para cantar la cólera de Aquiles y atribuye a los dioses todo lo que es desgraciado y culpable entre los hombres. Heródoto sabe que el mundo está lleno de maravillas y deja también un lugar importante a la Némesis, la implacable venganza de los dioses que castiga a los mortales dominados por la soberbia y el orgullo. Un abismo separa la raza de los hombres de la de los dioses, dice el poeta, si un mortal intenta salvar ese abismo, es precipitado en él. Y el viajero de Halicarnaso escribe: «Los muertos de Platea, con mudo lenguaje, proclamarán a las miradas de los hombres que ningún mortal debe abrigar pensamientos por encima de su condición humana». Sin embargo, frente al destino ciego e irrevocable que gobierna la vida y la muerte de los héroes de la *Iliada*, Heródoto mantiene una visión humanista de la historia, dando un papel protagonista a la iniciativa de los mortales y mostrando con inteligencia que la vida de los pueblos está sujeta, en gran medida, al valor y a la virtud de los hombres. Jerjes va a la guerra más por el afán de dominación que devora su alma que por el falso sueño que le hace pensar en una rápida conquista, y fracasa en su empresa, no por la cólera de los dioses, sino por un exceso de arrogancia y confianza en sus fuerzas y por la bravura y la superior estrategia de los combatientes griegos.

Uno de los momentos más memorables de la historia de Europa es el día en que los atenienses abandonan su ciudad

y confían en que la flota griega venza a la persa. Heródoto nos dice que el factor determinante de aquella audaz decisión fue la interpretación que Temístocles dio al oráculo de Delfos. La sacerdotisa de este templo había respondido a los emisarios de Atenas con dos profecías. «¿Por qué os sentáis, desgraciados? —gritó con horror en la primera—. ¡Marchaos, dejad este santuario! Escapad, escapad al fin del mundo. Rendíos a vuestra pena». Pero en la segunda predicción dejó un resquicio para la esperanza: «Solo la muralla de madera resistirá», exclamó, siguiendo su enigmática y habitual manera de expresarse. Algunos, en el trascendental debate que se produjo posteriormente en la colina del Pnyx, creyeron que la Pitia se refería a los setos de espinos que rodeaban la Acrópolis, pero Temístocles, partidario de combatir en el mar, sostuvo que se trataba de la flota griega. Y los votantes, recuerda Heródoto dando a entender que los hechos podían haber transcurrido de un modo diferente, le apoyaron.

Virtud más sorprendente aún, Heródoto nunca toma partido. Su mirada no es maniquea. Su voz no idealiza ni mitifica a los suyos. Los griegos no tienen todas las virtudes; los persas no son culpables de todos los crímenes. La causa griega atrae su simpatía y, como no podía ser de otro modo, muestra el contraste entre la atmósfera claustrofóbica, servil y amedrentadora que se respira en la corte persa y la vigorosa vida pública de las ciudades helenas, mas no deja de mostrar las flaquezas de sus compatriotas, sus egoísmos, sus riñas estériles y eternas rencillas ni de explicar por qué algunas urbes se unieron al temible ejército persa, dejando más solos a los hijos de Esparta y Atenas. Y siempre, en todo momento, se guarda de desdeñar las costumbres de los «bárbaros». Al contrario, su insaciable curio-

sidad, anticipo de la que mostrarán más tarde los cronistas de Indias, le empuja a conocerlas, a describirlas. Si en los griegos ensalza la moderación, su amor a la libertad, el orgullo de obedecer solo a sus propias leyes; en los persas destaca su horror a la mentira, su inclinación por las buenas acciones, su lealtad al príncipe; en los egipcios, su profunda sabiduría... El mundo, recuerda Heródoto a sus coetáneos, no termina en las murallas de nuestras ciudades: hay otras lenguas, otros dioses, otras civilizaciones y expresiones de lo humano.

Gibbon decía que Heródoto escribía a veces para niños y a veces para filósofos. Estoy de acuerdo en lo segundo. Recuerdo la primera vez que leí su *Historia* y también un pasaje concreto que me estremeció por su belleza y hondura y que resume el gesto compasivo, profundamente moral, con el que el viajero de Halicarnaso contempló el sufrimiento y la desgracia de todos los que se vieron arrastrados por el torbellino de las guerras médicas, griegos y persas. La escena transcurre en los días previos a la jornada decisiva de Platea. Tebas, la mítica ciudad de Edipo, ha decidido pactar con Jerjes, y para agasajar a este sus dignatarios ofrecen un banquete al general invasor Mardonio. Allí comparten mesa el griego Tersandro y un persa cuyo nombre calla Heródoto. Beben y comen juntos, hablan de su patria y tal vez de sus mujeres e hijos, y al cabo, en un momento de singular comunión, el extranjero dice, entre susurros: «¿Ves tanto persa aquí convidado y tantos guerreros que hemos dejado acampados junto al río? Pues bien, muy pocos serán los que contemples vivos dentro de unos días». Sorprendido por aquellas palabras, Tersandro pregunta ingenuamente: «¿No deberíamos decírselo a vuestro general y al resto de hombres insignes que hay aquí sentados?». La respuesta nos deja

ver la pesadumbre y la resignación que padecen los soldados del ejército invasor, la fatiga de una guerra que, como todas las guerras, devuelve al hogar, en lugar de hombres, urnas de hondo duelo:

Extranjero, lo que ha de pasar por voluntad divina no puede cambiarlo el hombre. A quien se esfuerza en sostener algo en contra con buenas razones no le hace caso nadie. Somos muchos los persas que sabemos esto y vamos a la batalla empujados por la fuerza del hado. Y te aseguro que no hay entre los hombres dolor igual al que sienten los que piensan bien sin poder hacer nada para evitar el mal.

Con razón dice el historiador inglés John Burrow que en vano buscaríamos un destello de la imparcialidad y humanidad que pueblan la crónica del intrépido viajero de Halicarnaso en los registros babilonios, egipcios o persas. La imagen que Heródoto nos da del invasor que ha estado a punto de aniquilar Grecia es una imagen inaudita que contiene toda la esencia del milagro griego. Recuerda a Homero y al canto en que el poeta nos cuenta el rescate del cuerpo de Héctor, cuando Príamo, rey de Troya, se interna en el campamento de los aqueos con objeto de convencer a Aquiles de que le entregue el cadáver de su hijo y así poder darle un entierro digno: Aquiles cede, llora con Príamo. Recuerda a Esquilo y a la obra trágica que dedicó a la invasión de Jerjes, donde nos muestra los desastres del conflicto desde la perspectiva persa, trasladándonos al palacio real de Susa y dejándonos ver las angustias y el llanto del adversario por los muertos en combate y la juventud perdida en tierra extraña. Recuerda a Eurípides y su escalofriante ver-

sión del final de la guerra de Troya, donde oímos y vemos la desesperanza y el desgarró de las mujeres troyanas, condenadas a vivir, en adelante, como esclavas de los griegos.

A Heródoto le cupo una de esas suertes que excepcionalmente pueden corresponderle a un hombre: la de dar inicio a una rama del saber, la historia. Fue él quien, al referir en prosa su exhaustiva investigación, enseñó el camino a Tucídides, aunque este, más riguroso con las fuentes, más preciso y racionalista, muy superior en el estilo y en la destreza de la composición, nunca reconociera el mérito del cronista de Halicarnaso. Mucho después vendrá Polibio, el gran estudioso de las guerras púnicas, que vivió los últimos años de la libertad de Grecia y comprendió la grandeza de Roma. Pero ni la Atenas que Tucídides vio desmoronarse durante las guerras del Peloponeso ni la Roma prometida a la gloria cuyas instituciones analizó Polibio en los tiempos de la destrucción de Numancia hubieran existido de haber perdido los griegos el conflicto que Heródoto dejó resonando para la eternidad en su libro, dando el protagonismo —¡gesto insólito!— no a los dioses ni a los héroes, no a su compatriotas ni a sus enemigos, sino, como afirma Pedro Olalla en su *Historia menor de Grecia*, a los hombres, a todos los hombres.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

- BURROW, John, *Historia de las historias. De Heródoto al siglo xx.*
 GARCÍA GUAL, Carlos, *Historia, novela y tragedia.*
 HERÓDOTO, *Historia.*
 HOLLAND, Tom, *Fuego persa.*

KAPUŚCIŃSKI, Ryszard, *Viajes con Heródoto*.

MAUROIS, André, *Heródoto. El nacimiento de la historia*.

OLALLA, Pedro, *Historia menor de Grecia*.

ROMILLY, Jacqueline de, *Tucídides, historia y razón*.